

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Se nos ha concedido una gracia singular. Nos corresponde a nosotros, torrijeños del siglo XXI, y más concretamente en este año 2018, asistir a este acontecimiento extraordinario.

Dios nos permite ser testigos al finalizar estos 500 años transcurridos desde que esa gran mujer, cuyo nombre debería escribirse con letras de oro aquí en nuestro Torrijos, edificara nuestra Colegiata.

Sabemos bien, pero no está demás volverlo a recordar, que el motivo inspirador de este monumental edificio fue el deseo que Dios le inspirara de fundar una Cofradía Sacramental. Tal inspiración estaba motivada por su devoción singular, extremadamente singular, al Santísimo Sacramento de la Eucaristía.



Solicitó el oportuno permiso al Papa Julio II que le concedió, juntamente con el apelativo como se la conoce en todo el mundo “la Loca del Sacramento” y que acertadamente la califica como lo que realmente ella fue.

No llegaron a 10 años los transcurridos en su edificación. Desde entonces hasta hoy, nuestra Colegiata, madre y cuna de todas las Cofradías Sacramentales, al menos en España, ha constituido para Torrijos el monumento emblemático que universalizara su nombre.

Si sus naves pudieran hablar, como testigos cualificados, nos narrarían una letanía preciosa de hechos religiosos ocurridos en su recinto. Hechos que, sin duda, potenciarían muy mucho nuestra fe católica.

¡Cómo quisiéramos conservar esos coloquios que ella, “la santa”, como la denominaran sus coetáneos, mantuvo con el “Amor de los amores”! ¡Cómo quisiéramos conservar tantas ceremonias: Bautizos, Primeras Comuniones,

Matrimonios, Exequias, Fiestas del Corpus...! ¡Cómo quisiéramos escuchar tantas oraciones, tantos sermones, tantas canciones... expresados en sus naves! ¡Tantos momentos de paz, de reconciliación en sus confesonarios!

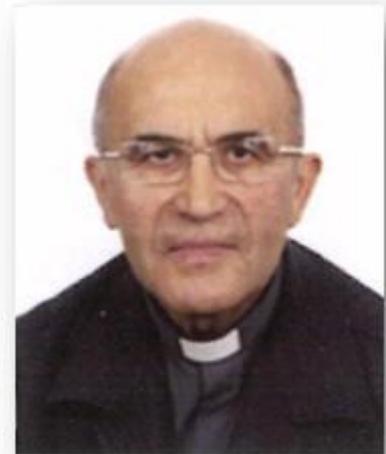
¡Bendita Colegiata! ¡Cuánta gloria a Dios han procurado las Minervas, las novenas, las fiestas de San Gil! ¡Cuántas oraciones, súplicas, lamentos de dolor, nubes de incienso...!

Ahora queremos expresar a nuestro buen Dios la más sincera gratitud porque tus muros, después de 500 años, siguen firmes, apuntando al mismo cielo, para indicarnos cuál es la dirección de nuestra vida.

Ahora queremos, ante todo, hacer un reconocimiento interminable por ella, por Teresa Enríquez que no dudó, al contrario, se inundó de gozo al poder usar sus caudales de esta forma tan maravillosa. Al amparo de sus preciosos arcos seguiremos aguardando ese momento cumbre que marcará el cenit de tu presencia: el momento de su beatificación.

Gracias sean dadas a la Stma. Trinidad. Gracias sean dadas a quienes la construyeron y llevaron a cabo sus múltiples reformas. Gracias a todos vosotros, queridos torrijeños, que siempre habéis acudido solícitos cuando de ayudar a vuestra Colegiata se tratara.

Gracias, gracias, gracias... Que este año intensamente eucarístico y de profunda reforma de nuestra vida cristiana sea el mejor homenaje a este monumento erigido para dar tanta gloria a Dios.



El Párroco

D. Federico Vega Ramos

La primera llamada

Cuando llama a nuestras puertas el comienzo del V Centenario de nuestra Colegiata, sentimos, debemos sentir como apremiante, la llamada a fijar nuestra atención preferentemente en quien fuera su fundadora: D^a Teresa Enríquez. A ella le cupo en gran honor de erigir este templo que está a punto de cumplir 500 años.

Hemos de considerar, no una, sino repetidas veces, cuál fue la intención primaria y fundamental que tuvo a la fundadora al tomar la determinación de edificar esta Colegiata. Y hemos de volver, una y otra vez, a desgranar por activa y por pasiva el peso profundo que llenó el alma de D^a Teresa para decidirse a levantar este precioso monumento que, más allá, mucho más allá de su encomiable estilo artístico, llegó a ver la luz como respuesta de fe a un amor desbordante por parte de Teresa al Santísimo Sacramento.

Deberán siempre ir unidas indisolublemente tres realidades que siempre se reclamarán mutuamente: D^a Teresa, la Archicofradía del Santísimo Sacramento y nuestra Colegiata.

En Torrijos resultaría indeficiente cualquier consideración sobre cada una de estas tres realidades sin que adjuntáramos las otras dos.

Caeríamos en la más aguda de las sorderas si no escuchamos, como la “primera llamada”, a la persona de esta cristianísima mujer. Ella debe ser referencia ineludible tratándose de nuestra Colegiata y tratándose de la Archicofradía Sacramental por ella también fundada.

Siento un compromiso irrenunciable y de conciencia el tratar de orientar este año del V Centenario, ante todo y, sobre todo, para interesarnos todos y muy de corazón por la causa de beatificación de esta gran mujer.



Quisiera que, a partir del 4 de marzo próximo en que iniciaremos oficialmente el V Centenario, todos los meses reserváramos algún día de especial atención y oración por la causa de Beatificación de D^a Teresa.

De lo contrario, cargaríamos con la responsabilidad culpable de no haber escuchado la “primera llamada” que el Señor quiere hacernos con esta celebración.

Todo lo demás, por muy interesante que nos parezca y lo sea, quedará muy en segundo plano comparado con esta causa que, sin duda y por los siglos, dará un esplendor e importancia sin medida a nuestra Colegiata y al pueblo que la posee.



Ante todo

Ante todo, y, sobre todo, nuestra Colegiata sigue siendo y seguirá siendo un monumento grandilocuente a la Eucaristía. Para esto fue fundada. Y fundada por una mujer que quiso fuera la principal manifestación de su locura “la Loca del Sacramento”.

Creemos firmemente que no podemos celebrar el V Centenario de la Colegiata sin celebrar, al mismo tiempo, a aquella que fue su fundadora. Valga la comparación. ¿Se puede hablar del Evangelio sin hablar de su fundador N.S. Jesucristo? El Evangelio existe porque “Alguien” fue su origen. La Colegiata existe porque “alguien” quiso fundarla.

Por eso, quisiéramos que este año del V Centenario señalara un momento privilegiado para hacer emerger más y más a esta mujer egregia y grandiosa que fue la sierva de Dios Teresa Enríquez.

¿Es posible que todavía haya torrijeños que no conozcan la vida y la obra de esta incomparable mujer? ¿Es posible que no la conozcan o que tengan de ella un mínimo conocimiento?

Nuestra Colegiata es un testigo mudo, aunque bien claro y fuerte habla esa función servicial a la comunidad católica ya durante cinco siglos. Ahora bien, como hija de Teresa, su mutismo de piedra se convierte en indicador muy elocuente de quien le diera el ser, Teresa Enríquez.

Cada santo o aspirante a santo como D^a Teresa es como una mina que debemos de explotar al máximo, al menos quienes consideramos a D^a Teresa como la “santa” torrijeña.



Excm Dña D.ª Teresa Enríquez
fundadora del Real Convento de la Purísima Concepción
Convento de la Purísima Concepción de Almería

Es verdad que la Iglesia todavía no ha consignado su nombre en el canon o lista de los santos (canonizados) de la historia. Pero no es menos verdad que las páginas más hermosas de la historia de Torrijos, al menos desde la fe, fueron escritas por esta dama incomparable que primero en la corte de los Reyes Católicos, y después en nuestro pueblo hizo brillar con excelsa magnitud la grandeza de la Eucaristía y su entrega a los más necesitados.

Amar a Dios y amar al prójimo fueron sus más notables hazañas. Por ellos, pudo llegar a ver la luz este edificio que a punto está de cumplir sus quinientos años.

Buscamos

Lógicamente la celebración del V Centenario de nuestra Colegiata nos obliga a buscar, incansables, todo aquello que pueda despertar más y más nuestra conciencia cristiana. Esto ha de ser principalmente el fin de esta singular celebración.

Buscamos fundamentalmente personas cuyo testimonio y cuyas palabras puedan iluminarnos en nuestra trayectoria hacia Dios.

Por supuesto, que estamos abiertos a cualquier clase de sugerencias o propuestas. Todo ello o todos ellos serán como intermediarios entre Dios y nosotros, entre nuestros santos y nosotros.

Pero todo lo que proyectemos y hagamos o todos los que nos visiten y nos hablen pasara y pasarán desapercibidos si los fieles cristianos de Torrijos no estuviéramos bien dispuestos a escuchar y empaparnos a fondo de lo que podemos llamar el mensaje cristiano.

Por eso, este mes y medio escaso que falta para la apertura del V Centenario debería servirnos para ponernos a tiro para calentar motores, para preparar de la mejor forma nuestra disposición.

Tenemos ya a la puerta, como llamándonos, la Cuaresma. Si la Cuaresma es ya de por sí tiempo de conversión, tiempo oportuno para afianzarnos en la gracia, este año, con más razón si cabe, hemos de intentar aprovecharla.



El mes de marzo será, D.m., el primer mes del Centenario. Mes que va a acaparar buena parte de la Cuaresma y toda la Semana Santa a excepción del Domingo de Resurrección que cae el primero de abril.

Os invito y me invito a intensificar nuestra ración. Y para ello, intentemos examinarnos, conocernos con sinceridad y humildad para DEMOSTRAR al Señor ese deseo profundo de renovación.

Bueno sería que vayamos leyendo las vidas de los Beatos Pérez de Godoy y Liberio González. También nos puede ayudar y mucho la vida de D^a Teresa Enríquez.

Y cuanto más limpia esté la página de nuestra vida, mejor podrá escribir el Señor los mensajes que desea ofrecernos a lo largo de los meses del Jubileo.



Símbolo de la Iglesia

Todos los templos cristianos son símbolo de la Iglesia. Vamos a fijarnos en una de las características.

Una comparación es la de ser *refugio*. Nuestras casas o nuestros edificios son más endebles, más fáciles de ser desgastados por el tiempo. Pero la Colegiata ofrece mayor consistencia, mayor seguridad. Sus columnas, sus muros, sus contrafuertes, su magnitud... Todo ello puede indicarnos que, dentro de ella y en el plano material, estamos más seguros... ante cualquier elemento amenazador de la naturaleza.

¿Cuántas casas quedan en pie desde que, hace cinco siglos, fuera construida? La Colegiata es símbolo de firmeza, de resguardo, de seguridad, de supervivencia.

No es eterna porque nada humano lo es, excepto nuestra alma y nuestro cuerpo después de resucitar al final de los tiempos. La Colegiata perdura después de cinco siglos, desafiando el poder devastador y la inclemencia del tiempo.

Por eso mismo, es símbolo de nuestra Iglesia. Recordemos las palabras de Jesús a Pedro como promesa para su futuro: *“Yo te digo que tú eres Pedro (kefas) y sobre esta piedra (kefas) edificaré mi Iglesia y el poder del infierno no la derrotará”*.



Las palabras de Jesús señalaron y señalan la perennidad de la Iglesia. La Iglesia es como el arca de Noé donde encontraron refugio y seguridad todos los que entraron en él, librándose del diluvio.

Así, nuestra Colegiata. A ella nos llevaron para bautizarnos y, entrando en ella, entramos en la Iglesia. Sus puertas se abrieron para nosotros aquel día bendito y en ella encontramos el mejor de los refugios.

Quien permanece dentro de la Iglesia, permanece firmemente acorazado. Y salirse de ella es salir de la mejor trinchera para exponerse ser bombardeado por toda clase de proyectos. ¡Cuántos que salieron, sobre todo en la adolescencia y juventud, no hallaron fuera sin vacío y malestar! Y cuántos, al volver arrepentidos, pudieron exclamar convencidos: *“Fuera de la Iglesia no hay salvación!*, sino vientos y tempestades, desorientación y vacío.

Al celebrar el V Centenario, demos gracias a Dios si, a través de este grandioso monumento, seguimos en él, símbolo de esa Iglesia cuya piedra angular es Cristo y cuyo vicario en la tierra es en la actualidad el Papa Francisco.

Cuaresma y V Centenario

Sabemos que la palabra clave de Cuaresma o su quehacer fundamental en este tiempo de gracia se llama “conversión”. Coincide con la finalidad, también clave e insustituible, del V Centenario: “Año intensamente Eucarístico y de profunda renovación cristiana”.

No nos extralimitamos, al contrario, le damos su auténtico valor, si decimos, o mejor, nos proponemos al celebrar en V Centenario del comienzo de nuestra Colegiata, ver en él una llamada inmediata a la conversión.

¿Para qué fue fundada fundamentalmente nuestra Colegiata? Para revitalizar la vida cristiana de todos los torrijeños que, bautizados en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, tienen marcado el camino de la santidad como meta que alcanzar en esta vida.

¿Y qué es convertirse? Volver al camino; dejar caminos falsos para entrar de nuevo en la senda de Dios.

Seamos sinceros. ¿Nos servirá de algo la celebración de V Centenario si no significara un aldabonazo profundo y fuerte para darnos sinceramente al Señor?

Estaríamos equivocados -hablo desde la fe- si entendiéramos el V Centenario como una serie de actos sin implicación alguna en la conversión de nuestras vidas.

No queremos que sea un fuego de artificio que hiciera ruido y nada más, que aparece y desaparece a instante y si te vi no me acuerdo.

El V Centenario ha de ser como una ducha de Espíritu de Dios que inunde nuestra alma y a transforme. Este ha de ser nuestro reto.

Y para ello, la Cuaresma ha de servirnos muy mucho. Por lo mismo, quisiéramos que nuestra Cuaresma en este año 2018 no pasara como nube de verano sino como un caldo de cultivo de donde el V Centenario surja verdaderamente fortalecido.

O sea, que, el celebrar la Cuaresma suponga un impulso para el V Centenario y que el V Centenario que inauguraremos dentro de la Cuaresma, nos motive más y más en este tiempo fuerte de gracia.

La grandeza de nuestra Colegiata

Según quien la mire o cómo se la mire, aparecerá en nuestra Colegiata una u otra grandeza. Nosotros, desde la fe, creemos que la grandeza de nuestra Colegiata reside, ante todo, en el hueco que con ella quiso llenar D^a Teresa: ser la madre, la cuna de todas las Cofradías Sacramentales.

¿No ha sido esta la faceta que hasta ahora ha hecho que el nombre de Torrijos sea conocido mundialmente? Por eso, el V Centenario ha de manifestar lógicamente un clarísimo acento eucarístico. Porque...

No existiría nuestra Colegiata, aunque hubiera existido D^a Teresa, si ésta no hubiera estado poseída por un amor a la Eucaristía fuera de lo común. Este amor le hizo manifestar su interés por ese grupo de hombres que en Roma acompañaban a los sacerdotes a llevar los viáticos ¿Cómo es posible que en aquellos tiempos en los que las distancias eran como un muro infranqueable, ella fuese capaz de tomar como suya aquella incipiente cofradía con carácter eucarístico?

Su amor, su intenso amor a Jesús Sacramentado hizo que todo se desarrollara de la forma más normal. ¿No es acaso un signo divino el que se diera este hermanamiento italo-hispano y tomaran cuerpo ambas Hermandades al mismo tiempo?

Bien es verdad que hubiera pasado desapercibido este acontecimiento si D^a Teresa no hubiera estado emparentada con el rey Fernando. Gracias a ello, pudo tener acceso muy

directo a los Romanos Pontífices, especialmente a Julio II. Éste, viendo su apasionado amor a la Eucaristía y el irreprímible empuje a las dos incipientes

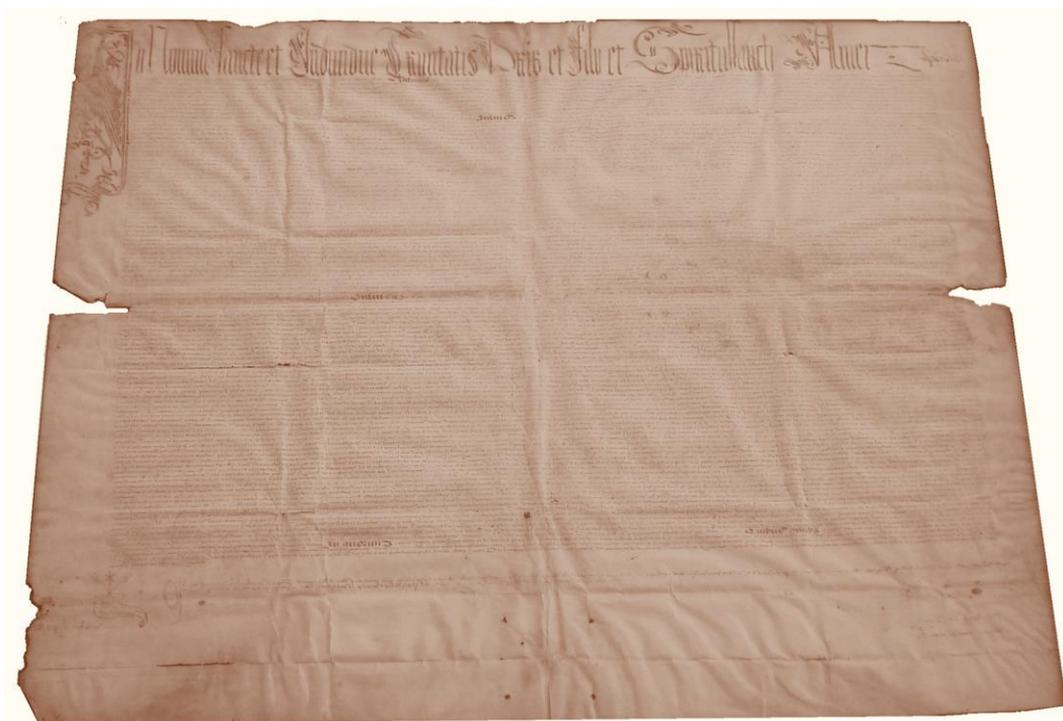


Cofradías, le dio su visto bueno para edificar este edificio que ella quiso tan majestuoso cuánta mayor gloria pudiera significar para la Eucaristía.

Hay como una muy clara proporción entre el amor de D^a Teresa a la Eucaristía y la grandeza de la Colegiata. Por supuesto, no hubiera llegado a ser este templo lo que realmente fue y sigue siendo, sin esta pasión por el Santísimo Sacramento que tuvo su fundadora. Su mismo nombre de “Corpus Christi” hace clara referencia a su origen, a su destino y, claro está, a su magnificencia.

Los creyentes torrijeños hemos de poner todo el acento en esta circunstancia. Quizá no hemos extendido y publicado lo suficiente que nuestra Colegiata es la sede, egregia sede, de todas las Cofradías Eucarísticas, no sólo de España sino de España “et ultra”.

Cuando llega algún visitante y descubre esta faceta-matriz, esta singular característica, no puede por menos que manifestar su admiración por la Colegiata y por Torrijos que, gracias a ella, a esa loca de amor por Jesús Sacramentado, hoy el mundo reconoce o debe reconocer, la inmensa gloria que el Señor recibe en tantos lugares tiene su origen en este pueblo donde una mujer de cuerpo entero hizo realidad aquella divina inspiración.



Bula del Papa Julio II que se conserva en la Parroquia de Torrijos

Ad intra

“Ad intra”, una frase latina muy oportuna para orientar cristianamente nuestra Colegiata. “Ad intra”: “Hacia dentro”.

Interesa mucho saber, desde el principio, dónde hemos de colocar el acento de nuestro “quehacer” en este año del Centenario. El Centenario puede tener como dos direcciones: “ad extra”: hacia fuera y “Ad intra”: hacia dentro.

Cuando señalamos “ad intra” como la dirección fundamental queremos decir que hemos de valorar más nuestro “ser” que nuestro “hacer”. Dicho de forma más concreta: hemos de apuntar siempre y en todo a nuestra reforma personal. Y lo que se aparte de esa dirección lo daremos por perdido.

Recuerdo esa anécdota tan traída y llevada. Dice así: “Cuando yo era joven, me propuse transformar el mundo pronto me di cuenta de que “quien mucho abarca, poco aprieta”. No podía o no pude conseguir mi objetivo. Cambié mi proyecto y me propuse, al menos, cambiar mi ciudad. Pero advertí que mi nuevo propósito seguía siendo tan ambicioso como imposible Y me dije: Bueno, intentaré cambiar a mi familia. Seguí desilusionado. Y sólo acerté a estar satisfecho, ilusionado y acertado cuando mi propósito quedó centrado en: me cambiaré a mí mismo”.

V Centenario “ad intra”: Buscar, ante todo, nuestra “reforma personal”. ¿No ha sido éste el ideal que ha marcado la vida de todos los santos? También el de D^a Teresa. De tantas cosas como hizo, sin duda la que le dará más fama será la de su beatificación. Es decir los esfuerzos realizados para buscar siempre, y solo, y en todo “el Reino de Dios y su justicia”.

Por aquí hemos querido que apunte el subtítulo del cartel anunciador: **Año intensamente eucarístico y de profunda renovación de la vida cristiana**. No lo dudemos: el éxito del Centenario será incuantificable en los baremos estadísticos. Sólo Dios sabrá, al final, si hubo o no hubo quien se decidiera a vivir de verdad su cristianismo, con autenticidad, sin mediocridades ni con ruido de crónica y actualizando en su vida los dos grandes amores que adornaron la vida de D^a Teresa: Su amor a Dios en la Eucaristía y su amor a Dios en los pobres.

Pongamos manos a la obra.

In memoriam...

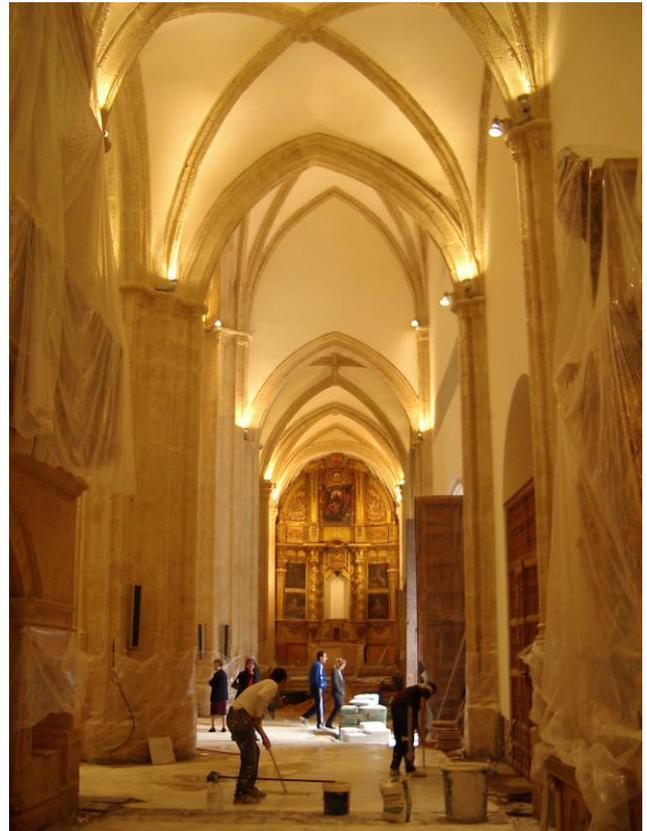


A la memoria de Jesús Hornillos. Dios lo eligió en las postrimerías del siglo XX y en los comienzos del siglo XXI para llevar a cabo una empresa que tuvo mucho, pero que mucho de mérito. Una empresa que, sólo el pensarlo, suponía echarse a temblar. Una empresa arriesgada bajo muchos conceptos.

Dios le dotó para ello de una clarividencia meridiana, de una fortaleza ciclópea, de una confianza divina. Hornillos no tuvo el más mínimo temor para emplearse a fondo: supo muy bien lo que Torrijos le había confiado y puso toda su carne en el asador para no defraudar ni a Dios ni a los torrijeños.

Lleno de coraje y lleno de amor se empleó a fondo sin escatimar ni un minuto ni un esfuerzo. Hubo de capear más de un temporal que, a veces, llegó de donde menos lo esperaba. Hubo de aceptar el pulso, terriblemente comprometido, que le llegaba del Patrimonio Artístico o de una economía endeble y resquebrajadiza.

Tuvo un muy firme convencimiento de que se embarcaba en una empresa querida por Dios, y, si Dios la quería, sin duda también la bendeciría. Y como todo lo que viene, proviene de Dios, tuvo que hacer frente a no pocas dificultades o cruces. Una a una trató de resolverlas sin pisar jamás las reglas o cánones del arte y sin agraviar lo más mínimo a ninguno de sus "consejeros". Esperemos, Jesús, que hoy, desde los andamios del cielo, contemples los desvelos y afanes de este V Centenario que estamos



emprendiendo con el mismo espíritu con que tú emprendiste la monumental reforma de nuestra-tuya Colegiata.

Y queremos volver a estampar las preciosas palabras, el elogio sincero que te dirigiera en su día D. Juan José Asenjo Pelegrina, Obispo auxiliar entonces de Toledo y hoy Arzobispo de Sevilla. Con ellas cerramos este artículo que te debíamos desde hace tiempo. Decían así: *“Debo manifestar mi gratitud muy especialmente a D. Jesús Hornillos, a cuyo celo, buen sentido, experiencia y conocimientos en este campo debe tanto al feliz resultado de esta obra ejemplar de restauración integral”*

La Colegiata, Lugar de Reunión



Uno de los verbos más repetidos en los escritos de los primeros cristianos es el de *reunirse*. El día que eligieron a Matías “el número de los reunidos era de uso ciento veinte” (Hch, 1,15); el día de Pentecostés “estaban todos reunidos” (Hch. 2,1) Cuando Pedro es liberado de la cárcel acudió a una casa “donde se hallaban reunidos en oración” (Hch. 12, 12)

Aparte de estas citas de S. Lucas en los Hechos de los Apóstoles, hay otros documentos que señalan lo mismo. La Didajé (del siglo I) establece: “reunidos cada día del Señor, partid el pan y dad gracias”. El obispo Ignacio, poco después del año 100: “porque si la

Oración de uno o dos tiene tanta fuerza, cuanto más la del obispo juntamente

con toda la comunidad; así pues, el que no acude a la reunión de los fieles ese es ya un soberbio y él mismo pronuncia su sentencia”

Hacia el año 150, tenemos un hermoso testimonio de cómo celebraban la Eucaristía las comunidades cristianas: “el día llamado del sol todos los nuestros los que viven en las ciudades o en el campo, se reunían en el mismo lugar”. Y de S. Hipólito, hacia el año 220, son estas palabras: “nadie de vosotros se muestre perezoso en ir a la reunión de la comunidad, el lugar donde se enseña; sean solícitos en ir a la comunidad, lugar donde florece el Espíritu Santo”

¿No es cierto que la mayoría de los que desafortunadamente han dejado la costumbre de reunirse en la iglesia es por dejación, comodidad, pereza? ¿Qué necesaria es esta presencia de los cristianos reunidos: son ciertamente un signo de la Iglesia!

Ahora es un momento de gracia: la Colegiata rejuvenecida, renovada es una invitación a reunirnos, especialmente cada domingo. Demos vida con nuestra presencia y participación a este monumento, gloria y orgullo de nuestro Torrijos.



EL ALTAR

Es el centro de las celebraciones, sobre todo de la Eucaristía o Santa misa. Se puede pensar de él como la mesa de Cristo en la Última Cena. Y, mejor aún, como el monte Calvario donde se nos dio con derramamiento de su Sangre para el perdón de los pecados.

El verdadero altar “histórico” fue precisamente la Cruz, mientras que en la mesa, llamada también simbólicamente altar, se colocan los signos del banquete: pan y vino que, convertidos en Cuerpo y Sangre de Cristo se toman como alimento y bebida espirituales. Por otra parte, el altar es símbolo del mismo Cristo. Para potenciar mejor este significado, el Concilio propone la elección de piedra y no madera, ya que, según la Escritura, indica mejor a Cristo. Se llegará a decir que el altar es Cristo: de aquí el beso, el saludo, el incienso, la veneración.



El día de la inauguración de la Colegiata será consagrado el nuevo altar, hecho con la misma clase de piedra que el resto del edificio. El rito se remonta al siglo V. Lo realizará directamente el Sr. Arzobispo para subrayar su importancia y su rico significado.

El altar-mesa es el corazón, el centro de la asamblea eucarística y el centro de la misma

Colegiata: es la presencia del Señor Jesús, sacerdote, víctima y altar en medio de su pueblo.

LA PILA BAUTISMAL

Ha quedado situada enfrente de la gran portada occidental. Ahora su simbolismo es perfecto: el Bautismo es la puerta de entrada en la Iglesia de Jesucristo, comunidad de todos los que, por el agua y el Espíritu, han pasado de las tinieblas al reino de la luz.

De estar como arrinconada en una capilla semioscura, pasa ahora a ocupar un puesto más central, más relevante, más visible, mejor iluminada, incluso con acústica adecuada pues hasta ella se ha tendido un cable nuevo de micrófono.

Todo ello responde a la gran importancia adquirida por el Bautismo. Mejor que adquirida, recuperada por el Bautismo, después del Concilio Vaticano II.



Trascoro de la Colegiata de Torrijos

EL AMBÓN

A la derecha del altar está **el ambón**. Es como la mesa de la Palabra de Dios. Allí se proclama, se comenta.

Tiene este lugar como dos exigencias. Por un lado, exige a los sacerdotes prepararse a fondo: con el estudio y, sobre todo, con su vida. ¿Qué efecto producirán sus palabras si sus obras van en dirección contraria? ¡Qué estupendo sería que de cada predicador se dijera como se llegó a decir del Santo Cura de Ars. Al verle predicar, el comentario fue: “He visto a Dios en un hombre”.



Cierto que no es lo mismo “predicar que dar trigo”. Pero, por otro lado, también es cierto que eso no exime a los fieles de escuchar a sus sacerdotes con la máxima atención. Como decía una muchacha sencilla que escuchaba con fe la palabra de Dios: “Siempre predica alguna cosa que a mí me va muy bien”. Y es que cuando el Señor ve a un fiel con hambre de escuchar y vivir la Palabra, jamás le deja sin alimento.

No temas; al contrario, comenta con tus sacerdotes sus homilias. Diles lo que a ti te parece que deberían poner o quitar, si se alargan demasiado, si son teóricos y no prácticos, si se enfadan, si se les nota que se han preparado con déficit. Y también puedes decirles lo que más te ha gustado, lo que ha hecho bien...

Y piensa delante de Dios que la formación nunca acaba, que Dios tiene mucho que decirte, que tú también tienes que “predicar” en tu hogar, en tu trabajo, en tu diversión. Cuando sea oportuno con palabras orientadoras. Siempre con tu vida. ¡Quiera Dios que llegues a ser un “evangelio vivo”!

CIMIENTOS SÓLIDOS

¡Qué cimientos tan sólidos, tan profundos debe tener el edificio de nuestra Colegiata! Después de 500 años sigue erguida, firme, inmutable.

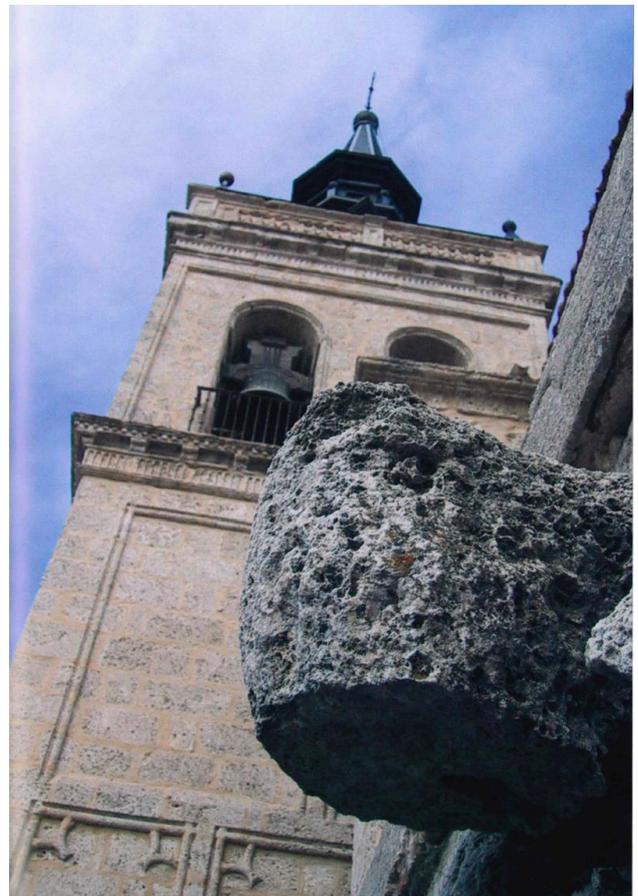
Lo cual no hubiera ocurrido si sus cimientos hubieran adolecido de esa reciedumbre extraordinaria.

Los cimientos no se ven. Están bajo tierra. Sin embargo, sostienen todo el edificio. Por eso, cuanto más alto y voluminoso ha de ser un edificio, más fuertes, profundos y sólidos han de ser sus cimientos.

El Año del V Centenario queremos que sea como un edificio robusto, potente, capaz de despertar en cada uno de nosotros un anhelo permanente de santidad, de vida cristiana.

Queremos que este Año produzca en los torrijeños un impacto tal que, sin duda, produzca en ellos un cambio sustancial, una “renovación profunda”, una sincera conversión.

Para ello o por ello, hemos de afianzar con todas nuestras fuerzas los cimientos de este Año para que este Año cumpla con creces la finalidad que le hemos asignado.



¿Y cuáles han de ser o cómo han de ser los cimientos de este Centenario V que estamos a punto de comenzar? ¿En qué hemos de apoyarlo? ¿Cómo asegurar su fruto? En lo mismo que se apoyan todas las obras de la Iglesia. No en nosotros, ni en nuestras realizaciones, aunque sean muchas y fulgurantes, no en nuestras cualidades o en nuestros planes.

No. Queremos fundamentar este Año privilegiado en Cristo Jesús. Él sigue siendo la piedra fundamental de todo lo que se edifica en su nombre. Y para

ello seamos cada uno de nosotros el elemento básico, exigiéndonos una reforma personal sincera, firme.

Démonos un impulso recio hacia la santidad. Procuremos, ante todo y, sobre todo, crecer en la virtud. Agarrémonos muy fuerte a la mano del Señor con confianza; confianza en su ayuda y en su gracia.

¿Queremos sinceramente que este Año de gracia produzca frutos abundantes de caridad cristiana? Apuntemos a lo esencial, a transformar nuestro pobre y mezquino corazón en el Corazón entregado y totalmente humilde de Cristo. Será con mucho el mejor de los cimientos.



Torrijos, 1518 - 2018



PREGUNTAS A DOÑA TERESA

(Extracto del libro “55 Preguntas a D^a Teresa)

Por supuesto que se trata de un diálogo ficticio. Hemos intentado que se ajuste totalmente a la realidad básica histórica.

Queremos que esta forma sencilla y amena sea más y mejor conocida la vida de esta mujer cuya Colegiata, fundada como vehículo de su Cofradía Sacramental, sería con el correr del tiempo, con que llevaría el nombre de Torrijos a todo el mundo.

Querida D^a Teresa:

En este V Centenario de la Fundación de la Colegiata del Santísimo Sacramento nos hemos permitido el atrevimiento de acercarnos a Ud. para dirigirle una serie de preguntas, a sabiendas de que sus respuestas nos servirán para mejor conocer su persona y sus obras; y por lo mismo, acercarnos más a ese Dios Eucarístico que llevó tan dentro en su vida.

Doña Teresa: Con mucho gusto responderé a mis torrijeños. Fueron tantos los años que pasé entre vosotros... a vosotros encomendé la continuidad de las obras que traté de llevar a cabo; primero, unida a mi marido D. Gutierre; y, después, sola en mi viudedad. Torrijos fue el principal escenario o campo de evangelización. En él entregué mi alma a Dios y a él le entrego a Dios mi cuerpo incorrupto.



1.- En primer lugar, ¿cómo fue su infancia?

D. T. Lo más sobresaliente fue que, al quedarme muy pronto sin madre, Dios quiso concederme una sustituta, mi abuela materna Teresa de Quiñones. Puedo considerar esta gracia como una de las mayores de mi vida.

2.- Cuéntenos cosas de su abuela.

D. T. Con verdad os puedo decir que mis dos grandes amores de ella los copié. Su gran amor a los pobres le llevó a edificar un hospital que ella visitaba con frecuencia para curar las llagas a los enfermos, ofreciéndoles sus consuelos y

sus limosnas. Con su espíritu de piedad se recogía frecuentemente en oratorio-confesonario que quiso construir lindando con la iglesia. Gozaba viendo el patio lleno de pobres, de niños, de necesitados.

Aprendí de ella que estos dos amores son inseparables: ver a Cristo-Eucaristía en los pobres y socorrer a los pobres con el amor recibido de Cristo en la Eucaristía.

No sé si la tarea educativa que ejerciera mi abuela conmigo puede quedar como ejemplo a seguir en estos comienzos del siglo XXI. ¡Cuántos abuelos son, hoy día, únicos puntos de referencia para la fe de sus nietos! Con acierto quiso llamar la atención sobre ellos el maravilloso Benedicto XVI en su viaje a Valencia. No es para menos. En muchos hogares trabajan el padre y la madre. Y así, corresponde a los abuelos realizar muchas de las funciones que corresponderían a los padres. Los abuelos pasan muchas horas de contacto con sus nietos. ¡Qué bien si saben aprovecharlos como los aprovechó mi abuela conmigo!



3.- A propósito de la Corte, ¿qué parentesco tuvo con la familia real?

D. T. Mi tía Juana, hermana de mi padre, era la reina de Aragón. Su hijo, Fernando formaría con su esposa Isabel el matrimonio de Los Reyes Católicos. O sea, que yo era prima hermana del rey Fernando, el Católico.

4.- ¿Y es verdad que le rondó la vocación de monja?

D. T. Es verdad. Mi contacto con el mundo de las religiosas lo tuve a través de una tía mía monja en Santa Clara de Palencia. ¿Me quería Dios enteramente para Él? El Señor tenía preparado para mí, como para todos los bautizados, el camino de la santidad. En mi caso, a través del Santo Sacramento del Matrimonio.

5.- ¿A quién eligió como esposo?

D. T. Al maestresala de la princesa, un hombre leal, trabajador, fiel servidor de los reyes de quien recibieron un apoyo incondicional. Se llamaba Gutierre de Cárdenas. A él y a mis hijos dediqué los principales quehaceres de mi vida. ¿No son éstos los principales quehaceres de una esposa cristiana?

6.- ¿Qué relación mantuvo con Isabel, la Católica?

D. T. Al ser nombrado mi marido Contador Mayor –algo así como el actual cargo de ministro de hacienda- se nos concedía el privilegio de vivir en la misma casa de los reyes. Comencé a ser dama de la Reina y una de sus mejores amigas.

A la Reina Isabel se debe la organización del primer hospital de Sangre de la historia, llamado Hospital de la Reina. Sobre todo, en las guerras de Granada procuré servir a Dios en los enfermos y heridos más pobres y necesitados. La caridad me hacía así entender el evangelio de Jesús: “Lo que hicisteis a uno de estos humildes hermanos, a Mí me lo hicisteis”.



Gutierre de Cardenas y Teresa Enríquez presentan a la Reina Isabel al que sería su esposo D. Fernando

7.- ¿Nos puede hablar de sus hijos?

D. T. *El buen Dios adornó nuestro hogar con cinco hijos. Dos fallecieron muy pronto, de niños. Quedaron Diego, Alonso y María. Para mí, como para cualquier padre o madre cristianos, reclamaron siempre mis más esmerados desvelos.*

Junto al príncipe D. Juan, de quien fueron sus pajes, recibieron una educación singular. Para Alonso habíamos adquirido en Torrijos el llamado Palacio de Pedro I, que actualmente habéis destinado para Ayuntamiento, pero no llegó a ocuparlo.

El Señor me tenía reservada una muy pesada cruz. Mi hijo Alonso falleció aplastado al espantarse el caballo que cabalgaba con motivo de la boda del príncipe D. Juan con la Archiduquesa Margarita de Austria. Sólo Dios pudo cicatrizar aquella herida que me ayudo a comprender la grandeza de la fe y aceptación cristianas.

La educación del Juan por parte de la
Reina Isabel la Católica.
1877 Martínez Cubells



8.- ¿Qué destino dieron entonces al palacio?

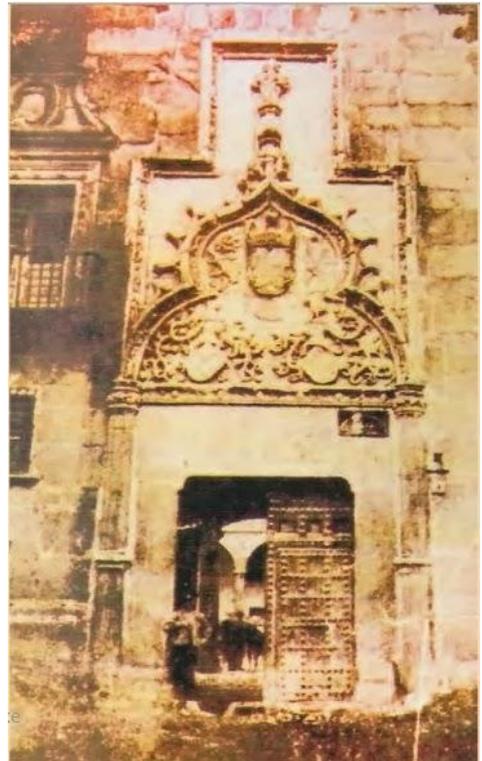
D. T. *Lo cedimos a las religiosas concepcionistas, entonces recientemente fundadas por Beatriz de Silva, hoy venerada como santa. Fue su segunda fundación. ¡Cuántas veces encontré paz en este lugar! Las religiosas me recibían a través de una puerta pequeña destinada para mi uso. En el correr de los años, tres de mis nietas formaron parte de dicha comunidad de concepcionistas.*

9.- Parece ser que su vida cambió bastante al morir su marido. ¿Fue así?

D. T. *Así fue. Puedo decir que mi vida se divide en dos mitades claramente diferenciadas: antes y después de morir mi esposo D. Gutierre de Cárdenas. Su muerte acaeció en Ocaña a finales de enero de 1503. Mientras él vivió, procuré estar siempre a su lado, como ya antes dije, junto a los reyes en su corte. Al morir, senté mi residencia en Torrijos tratando de vivir austeramente y administrando la enorme fortuna, que me había dejado mi marido, hacia los dos grandes amores que siempre permanecieron como ejes de mi vida: la Eucaristía y los pobres.*

10.- ¿Cómo transcurría su vida en Torrijos?

D. T. *Dios me concedió una larga viudedad: 26 años. En seguida entendí que la mejor y mayor de todas las riquezas no son los bienes materiales, incapaces por sí mismos de saciar las aspiraciones más hondas del corazón humano. Dejé arrinconadas las formas cortesanas de vivir y vestir. Me determiné a procurar la felicidad a los más desfavorecidos, olvidando mis pasatiempos y deleites. Me saciaba al recibir a Jesús Sacramentado por quien siempre tuve un amor especial. A solas con Él, encontraba todas las soluciones para gestionar y administrar mi caudalosa fortuna. Todos mis proyectos pasaban por el Sagrario.*



Fachada principal del palacio de Teresa Enríquez

11.- ¿Se puede decir que su vida de viudedad tuvo no poco de vida monacal?

D. T. *La verdad es que salía muy poco de casa. Mi lugar más visitado era la iglesia. Vestía un paño común, un hábito negro con un manto y unas tocas blancas y gruesas. Con mis criados sólo trataba de la administración, procurando no defraudarles ni un céntimo y que se sintieran contentos en sus trabajos. Me esmeraba en escoger mis doncellas. Alguien llegó a decir de ellas que eran como monjas sin hábito. Más de una dejó mi palacio para ingresar en el convento.*

12.- ¿Cuál fue su principal interés?

D. T. *Había en mí una pasión –locura la denominó el Papa Julio II- por el culto al Santísimo Sacramento. Dios quiso servirse de mi abuela para que, desde pequeña, metiera en lo más hondo de mí una fe firme y sincera, un amor incontenible y permanente a Jesús en la Eucaristía.*

13.- ¿Se limitaba a Torrijos?

D. T. *Mi condición privilegiada de cercanía, amistad y familiaridad con los reyes hizo que mi radio de acción sobrepasara las fronteras de Torrijos y de España. Procuraba información referente a la forma de administrar el viático y el estado de los sagrarios.*

14.- ¿También fuera de España?

D. T. *Llegó a mis oídos que en no pocas parroquias de Roma se reservaba el Santísimo en vasos poco nobles y alacenas poco dignas y que el viático se administraba sin más acompañamiento que el sacerdote con un monaguillo. Pero Dios quiso suscitar en la ciudad eterna una cofradía cuyos miembros aceptaban acompañar al sacerdote con el viático hasta la casa del enfermo. Esto me llenó de alegría y de ganas de volcarme en esa incipiente cofradía.*

15.- ¿Cómo se las ingenió para ponerse en contacto con ellos?

D. T. *A través de un fraile franciscano que por entonces se hallaba en Torrijos y tenía que realizar un viaje a Roma. Allí encontró providencialmente y se puso en contacto con los miembros de la mencionada cofradía, situada en San Lorenzo in Dámaso. La donación que les hice a través del*



susodicho fraile consistió en un baldaquino bordado en oro y una cápsula de plata para llevar el viático, adjuntando cierta cantidad de dinero que revirtiese en beneficio de la citada iglesia. Desde entonces, tomé inmenso cariño a aquella capilla y cofradía con el ánimo de ayudarles cuanto pudiera.

16.- ¿Produjo en el Papa alguna reacción?

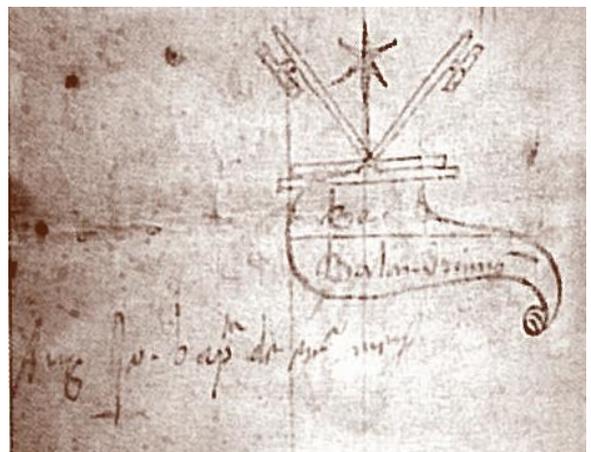
D.T. Hice llegar a su Santidad Julio II noticias de esta significativa cofradía para que la favoreciese de indulgencias y así tuviera más aceptación. Y tal resolución y admiración causó en el Sumo Pontífice que él mismo quiso inscribirse como cofrade. ¡Fue maravilloso!

17.- ¿Cómo correspondieron aquellos insignes cofrades?

D. T. Quisieron perpetuar su agradecimiento instalando una lápida en la pared de la iglesia donde grabaron esta inscripción que todavía perdura y que yo no pudo hacer sino ofrecer al Señor con cuya gracia había ejercido esta caridad: “Teresa Enríquez, ilustre por su sangre y más ilustres por su sincera fe y piedad, claro ornamento de la católica España, a quien dan nuevo esplendor los timbres de padre y marido, en honor de la Santísima Eucaristía cuyo celo abrasaba su religioso pecho, adornó, levantó y dedicó esta capilla en el año del Señor 1.508”.

18.- ¿Qué repercusión tuvo todo esto en Torrijos?

D. T. El Papa Julio II quedó muy complacido con la erección de cofradía eucarística en la iglesia romana de S. Lorenzo in Dámaso. A este Sumo Pontífice acudí solicitando de él la conveniente Bula para erigir en España y más concretamente en Torrijos una Cofradía que consolidase la devoción al Santísimo Sacramento y que, a su vez, pudiera ser madre y paradigma de otras muchas cofradías que pensaba fundar dentro y fuera de España.



Firma del Papa Julio II en la bula de la Cofradía del Santísimo Sacramento

19.- ¿Cómo respondió el Papa a su propuesta?

D. T. *Extendió una Bula tan llena de favores, bendiciones, privilegios e indulgencias que algunos entendidos me llegaron a ofrecer por ella más de 80.000 ducados de oro. No los quise recibir. Al contrario, hice imprimir muchos millares de bulas que repartí gratuitamente a todas las parroquias de España.*

20.- ¿Había quedado fundada la Archicofradía Sacramental?

D. T. *Así es. Quise adelantarme, aunque aún no se había construido la Colegiata como residencia o iglesia madre de todas las Cofradías sacramentales del mundo. Mi corazón saltó de gozo. Entendí que se abría en la Iglesia una nueva forma de honrar a Jesús Sacramentado que agigantaría por todo el mundo el amor y la devoción al Amor de los Amores.*

21.- Ante este amor tan encendido al Divino Sacramento, ¿Le expresó el Papa Julio II su admiración de alguna forma?

D. T. *Lo de menos es que el Romano Pontífice me denominar “La Loca del Sacramento” o “La embriagada de vino celestial”. Lo de más, lo verdaderamente importante para la gloria de Dios y embellecimiento de la Iglesia, era la nueva etapa que comenzaba y que serviría para magnificar el misterio de nuestra fe, la realidad más sobrecogedora que a todos los seguidores de Cristo debería abismarnos en profunda contemplación y hacimiento de gracias. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar!! ¡¡Sea por siempre bendito y alabado!!*



22.- ¿Nos dice una palabra a los miembros actuales de la Archicofradía?

D.T. *Haced vida lo que celebráis cada tercer domingo. Que vuestra mensual adoración a Cristo Sacramentado se traduzca en testimonio de vida cristiana: sed fermento de familias cristianas. Sed modelos de trabajadores y empresarios honrados. Sed intrépidos políticos que, ante todo y sobre todo,*

tengáis en cuenta la dignidad de la persona humana y la consecución del bien común según la doctrina social de la Iglesia.

23.- ¿Cómo nació su amor a los pobres?

D. T. El mismo Dios, mi Señor, me infundió a la par los dos amores. Por lo mismo, creo yo, que el día de la Institución de la Eucaristía, instituyó también el mandamiento suyo del amor. El mismo que dijera aquella noche: “Tomad y comed”, dijo también: Amaos unos a otros”. Desde niña, instruida, como dije por mi abuela, entendí que nada me hacía tan feliz como llenar mi corazón de esos dos amores.

24.- ¿Y por eso invirtió su dinero en iglesias y hospitales?

D. T. ¿De qué me hubiera servido la monumentalidad de la Colegiata o el Hospital de la Santísima Trinidad y demás iglesias y hospitales si antes no hubiera rebotado mi corazón de puro amor a Jesús Sacramentado y a los enfermos, pobres y marginados? Muchas veces tuve presente las palabras de San Pablo: “Aunque todo lo diera a los pobres, si no tengo amor, de nada me sirve”

25.- Con frecuencia, sin embargo, nos quedamos sólo con lo efectivo, ¿no le parece?

D. T. Por eso de que también somos cuerpo. ¡Qué sorpresas nos llevamos cuando cerremos los ojos a este mundo y los abrimos a la eternidad de Dios. ¡Qué valor tan grande tienen para Dios tantos vencimientos al decir no al egoísmo y darnos a los demás sin ruido de crónica! ¡Qué valor ese negarnos a nosotros mismos cuando sólo lo ve el Señor y de Él sólo esperamos la recompensa!

26.- Ha citado La Colegiata ¿qué nos puede decir de ella?

D. T. Su construcción se debió a la Cofradía del Santísimo Sacramento que siempre constituyó el objetivo fundamental de todos mis deseos. Más que el soberbio edificio de La Colegiata, me interesaba su destino. Reconozco que fui

casi abrumadora con los Romanos Pontífices pidiéndoles innumerables gracias y privilegios para dicha Cofradía. Fueron muy benévolos conmigo y extremaron sus concesiones. ¡Gracias sean dadas a Cristo Sacramentado que era quien me inspiraba, una y otra vez, mis frecuentes peticiones!

27.- ¿Recuerda detalles de su inauguración?

D. T. ¡Bendito día aquél! No tuve reparo ni escrúpulos de ataviarme con mis mejores galas de dama de la reina para presidir y dar realce a la inauguración. Todo en honor y magnificencia de Cristo



Sacramentado. Torrijos fue espléndido en festejos en aquel 1518. Habían transcurrido casi 10 años desde el comienzo de la construcción. Por la misericordia de Dios pude ver este final que llenaba de contento.

28.- Alguien llegó a decir que Ud. gastaba su fortuna en monasterios y cosas de devoción. ¿Cuál es su respuesta?

D. T. Siempre procuré ver en las manos tendidas de los pobres las manos del Cristo del Sagrario. Si Él había llenado mis arcas, para Él tenía que vaciarlas en las personas de sus representantes favoritos: los pobres. Siempre procuré que ninguno de los pobres que acudían a mí, se marcharan desconsolados. Ciertamente fui pródiga en fundaciones religiosas. Y pródiga procuré ser en fundaciones de caridad. Dos caras de la misma moneda: el amor. Difícil sería saber quien me heredó más: si la iglesia o los pobres.

29.- Recuerda algún momento de atención especial a los pobres?

D. T. Corrían los años 1519 y 1520. Las cosechas se perdieron totalmente. Los pobres hambrientos llegaban a mi casa desde toda España. De todas las edades, desnudos y famélicos. No podía negarme a socorrer a manos llenas. Viendo aquellas muchedumbres, no faltaron quienes intentaron persuadirme para que negara mi auxilio, alegando que mis rentas no bastarían o invitándome a salir de Torrijos.

30.- Nos interesaría conocer la forma de su actuar.

D. T. Busqué sitios amplios donde reunir a tantos necesitados. Mis criados les pasaban grandes cestos de hogazas de pan que los pobres solían besar al recibirlas. Yo solía reservarme los grupos de los niños. Veía que alimentando a los niños desvalidos, alimentaba al mismo Cristo.

31.- Tenemos entendido que su acción fue más allá. ¿Qué hizo de extraordinario?

D. T. Me di cuenta de que las hogazas repartidas eran pan para hoy y hambre para mañana. Que-como ahora decís- es preferible enseñar a pescar que regalar pescado. Y así, después de consultarlo, decidí repartir entre los pobres algunas dehesas en aparcería para que ellos mismos labraran y sembraran.

32.- Parece ser que al hambre siguió la epidemia ¿No?

D. T. Cierto. Por eso, determiné ampliar el Hospital de la Santísima Trinidad. Yo mismo visitaba con frecuencia a los enfermos, les hacía los colchones e hilaba las sábanas. Quería cumplir así la máxima evangélica: “Estuve enfermo y visitasteis”. Me satisface muy mucho que en este Hospital permanezca la capilla e imagen del Santísimo Cristo de la Sangre: sin comparación, el mayor de los tesoros de Torrijos.



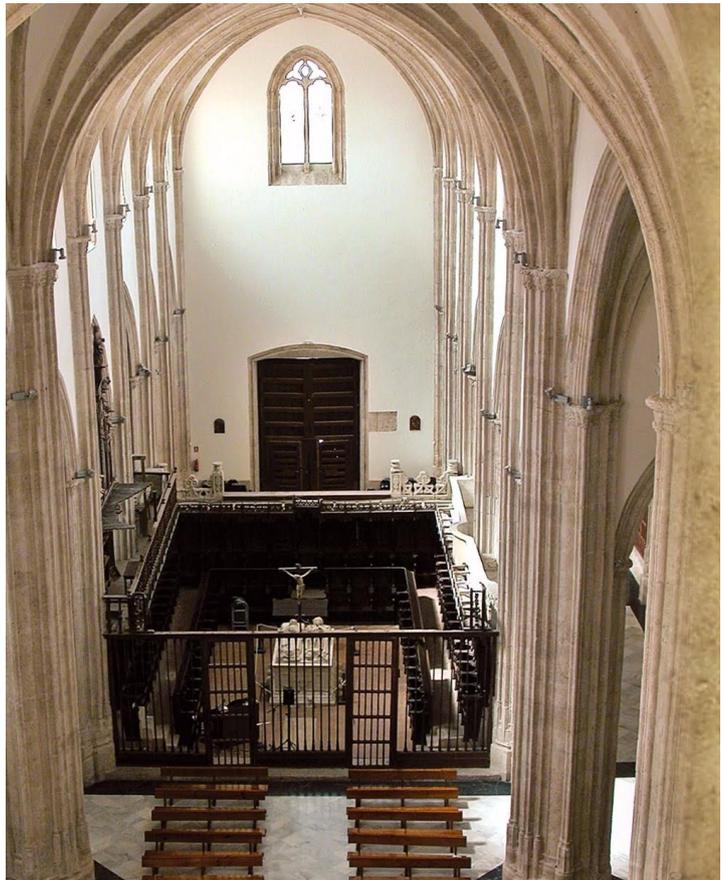
33.- Nos acaba de hablar del Hospital de la Santísima Trinidad, ¿fundó alguno más?

D. T. Sí, algunos más. En Torrijos también fundé el que llegué a denominar Hospital de Nuestra Señora para atender en él a los afectados con enfermedades contagiosas, principalmente para el mal llamado de las búas o sífilis. Primero estuvo junto a la Parroquia de S. Gil. Más tarde lo trasladé a las afueras de Torrijos. Pero también fundé hospitales fuera de Torrijos como el de San Silvestre en la Taha de Marchena.

34.- Sabemos que su buen corazón quiso prodigarse en una atención especial para con los niños, ¿qué nos dice sobre ellos?

D.T. Para con los niños, sobre todo los huérfanos y pobres por el hambre y la peste, mi brazo derecho fue el P. Contreras. A el encomendé, por una parte, los niños que asistían al colegio llamado La Piedra. Niños muy necesitados que yo quise promocionar con el doble alimento del cuerpo y del espíritu, ya que, además de procurarles la comida, se les instruía en lo más necesario de aquel entonces para que pudieran valerse y labrarse un porvenir de mayores.

Por otra parte, fundé también el colegio llamado de Los Clerizos. Veinticuatro niños pobres que cantaban y ayudaban en las celebraciones litúrgicas de La Colegiata, incluso les asigné un sueldecillo. También estaban encomendados al P. Contreras.



De uno y otro colegio se obtuvieron resultados muy positivos.

35.- ¿Qué nos puede decir sobre el monasterio de Santa María de Jesús?

D. T. Pena me da hacer memoria de él. Fue uno de los siete conventos franciscanos que fundáramos. En verdad pudo ser llamado el segundo San Juan de los Reyes. Mi marido y yo invertimos en él cantidad de cariño y de dinero. Iba a ser, como así lo fue, el custodio-sepulcro de nuestros cuerpos al morir. Quizá me excedí al adornarlo en cantidad de oro, plata y ornamentos preciosos que llegaron a contrastar con la austeridad y pobreza de los franciscanos. Ellos lo habitaron hasta su excomunión por orden del ministro de hacienda Mendizábal.

36.- Estamos celebrando también en Torrijos el V Centenario del Convento de la Concepción. ¿Podemos implicarla a Ud. en el mismo?

D. T. Antes de contestar, dejadme elevar mi alma para dar gracias a Dios por la permanencia en Torrijos de la Orden Concepcionista. ¡Cinco siglos transcurridos desde aquel comienzo en 1507! Os puedo decir que estuve muy relacionada con Santa Beatriz de Silva. Su vida, como la de todos los santos, debe servir de reflexión e imitación. Tuve la suerte de tratarla personalmente por su íntima unión con la reina Isabel de quien yo fui dama. ¡Qué mujer! Calumniada y perseguida por los hombres, pero amparada y favorecida por Dios.



Santa Beatriz de Silva Fundadora de la Orden de la Inmaculada Concepción con la Ayuda de Isabel la Católica

37.- ¿Porqué decidió esta fundación en Torrijos y por que influyó tanto en ella?

D. T. Para Torrijos siempre quise lo mejor. Por eso, a la muerte inesperada de mi hijo Alonso, decidí ceder mi palacio llamado de Pedro I para que se trasladaran a él las que fueron las primeras monjas concepcionistas de Torrijos. Ahora veo que no pude dar una solución más acertada al destino de dicho palacio. Y por ello, obtuve del Papa Julio II el oportuno permiso para poder entrar en él, incluso comer y dormir. Para poder acceder me permitieron mis superiores abrir una puerta falsa que mandé tapiar cuando yo falleciera, como así se hizo.

38.- ¿Su actuación o caridad con mujeres marginadas?

D. T. También creí que debía llegar la caridad en este campo. Me preocupaban muchísimo tantas mujeres degradadas por diversas causas. Me limité a ofrecerles cierta redención a las mujeres públicas, ayudarles a salir del cieno y procurarles un decente noviazgo y casamiento. Para ello, quise favorecerles con una dote matrimonial digna y pudimos lograr que muchas cambiaran de vida.

39.- Muchas mujeres fueron rescatadas. ¿También actuó en el rescate de cautivos?

D. T. Tuve siempre muy presente que donde hay caridad y amor, allí está Dios. Quien vibra con el Amor de los Amores multiplica su amor. Cómo no iba a reaccionar ante las penas y necesidades múltiples que sufrían tantos cristianos hechos prisioneros por las galeras turcas.



Abrí mis bolsillos en vida para tal efecto y establecí cláusulas en mi testamento para que siguiera esa ayuda después de mi muerte. Me partía el corazón, sobre todo, que niños y jóvenes indefensos pudieran apostatar de la fe. También apoyé en este campo al Padre Contreras, aunque no llegué a ver los sorprendentes resultados que él mismo obtuvo.

40.- Háblemos del día de su muerte.

D. T. A todos nos llega ese momento como ladrón en la noche. Procuré en vida tener muy presente el aviso de Jesús: “Estad preparados”. Lo mejor de mi muerte fue lo mejor de mi vida: poder recibir el Santísimo Sacramento como Viático. También para mí esta última Comunión fue pasaporte de eternidad. Unida a Aquel que había sido el Amor de mis Amores, cerré los ojos a este mundo para abrirlos al Reino de Dios. Era el 4 de marzo de 1529.

41.- ¿Qué puede decirnos de su testamento?

D. T. Que es el único escrito que os he dejado como herencia. Quise hacer constar en él mi deseo de que mis funerales y entierro fueran sobrios, sencillos y que mi mejor y mayor honra fuera que en ellos se hablase del Santísimo Sacramento. Me importó y mucho fijar las misas a celebrar por mí y por mi esposo, ya que es lo más grande que podemos encargarnos para después de la muerte. Quise asimismo, que mi mortaja fuera –como así fue- un hábito franciscano.

42.- Nos asombra y damos muchas gracias a Dios por haberse dignado concedernos que su cuerpo permanezca incorrupto hasta el día de hoy. ¿Qué nos puede decir sobre ello?

D. T. Quise enterrarme, unida a mi esposo, en el convento franciscano de Santa María de Jesús. Igualmente quise que no quedase rastro sobre la localización de mi cadáver. Sin embargo, otros eran los planes de Dios. Que el hallazgo de mi cuerpo incorrupto y su permanencia hasta el día de hoy sirva sólo para honra y gloria de Dios. Que quien me vea entienda que todo lo debe atribuir al grandioso Misterio de la Eucaristía por quien quise vivir y por quien quise morir. ¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar!



Ella, Teresa...

La Madre. La Madre de nuestra Colegiata y la Madre de tantos y tantas torrijeños y torrijeñas que, animados por su mismo espíritu eucarístico, quisieron y quieren imitar su “locura” por tan divino Sacramento.

Ella... cuya vida se resume en los dos amores que encierran todo el quehacer cristiano: Amar a Dios y Amar al prójimo. Las dos mejores perlas que han de adornar nuestras vidas como adornaron la suya. Y es que verdaderamente hemos nacido para amar. Amar ha de ser nuestra tarea. Hemos sido hechos a imagen y semejanza del Dios que es Amor. Estamos llamados a configurarnos con Cristo que vino a los suyos para darse enteramente.

Poco hace falta para probar que Teresa amaba intensamente a Jesús, sobre todo en ese misterio insondable que es la Eucaristía: “quien me coma, vivirá por mí”. Y es que, al comerlo, no le transformamos a Él en nosotros sino que nosotros somos transformados en Él.

Teresa vivía apasionadamente este regalo, el mayor que Jesús nos hiciera de sí mismo en la Última Cena: “Esto es mi Cuerpo. Esta es mi Sangre”.

Poco hace falta para probar que Teresa amaba con todo lo suyo especialmente a los más necesitados, a los más necesitados de amor: los pobres, los enfermos, los pecadores. Su casa llegó a ser como la despensa para todos los que llamaban a su puerta en demanda de alimentos.

Sus manos se hicieron ternura y alivio para tantos enfermos: soldados heridos en el frente o enfermos postrados en sus hospitales.

Su corazón quiso abrirse para atender y solucionar la situación de marginación de esas pobres mujeres afectadas por lacras degradantes de enfermedades venéreas.

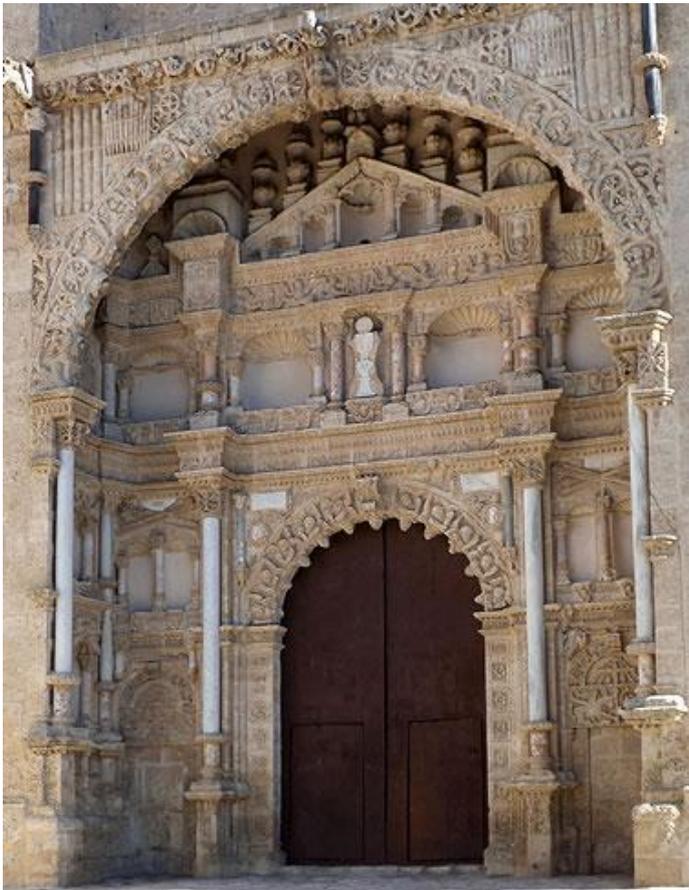


Ella... la madre del doble amor que deberá resplandecer en todos aquellos que nos decimos cristianos.

La Colegiata, nuestra Colegiata, antes que con piedras extraídas de las canteras, fue construida por ella con adoquines de verdadera caridad. El tesoro de nuestra Colegiata antes de ser tesoro artístico que lo es, encierra en sí el mayor de los tesoros: ser un obsequio a Cristo prueba de amor sin fronteras.

Teresa fue capaz

Y también nosotros. Fue capaz de remontarse a las alturas de la santidad a través de esos escalones que tienen en sus hogares la mayoría de los mortales: a través de su esposo, Don Gutierre; a través de sus hijos, a través de sus criados, a través de su



estar en la corte, a través de una vida sencilla de ama de casa que supo huir del boato cuando ya estuvo exenta de la corte, al morir su marido.

Ella fue capaz de dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. En medio de los reyes y en medios de su Torrijos. Esta es una de las mayores gracias que podemos encontrar en nuestra vida: tener a Dios allí donde se encontraba. Vivir para Dios entregándole su vida; andar los caminos de Dios sintiéndose siempre acompañada por la presencia viva del Dios Sacramentado.

Si ella fue capaz, ¿por qué no serlo nosotros? ¿Acaso quienes se decidieron, movidos por la gracia, no encontraron el tesoro escondido, la perla preciosa?

Quiera Dios que en este V Centenario sepamos descubrir donde se encuentra la mayor de las grandezas, el mayor de todos los títulos, la verdadera alegría. ¿No será ésta la forma más adecuada de celebrar este Centenario el cobrar fuerzas y energías para renovar incondicionalmente nuestra vida eucarística dentro de nuestra vida cristiana?

Para ello no hacen falta cualidades especiales Para ello no hacen falta estudios superiores. Para ello no hacen falta cualidades extra. Para ello sólo hace una cosa: querer.



Lo traduzco a la vida ordinaria: para ello sólo hace falta: Dios y ayuda. Buscar, añorar, procurar la gracia de Dios; y buscar, añorar, procurar la ayuda de los hombres. Sí. La ayuda de un buen guía o director espiritual; y rodearse de buenos amigos con los que nos hagamos espaldas. Guía o director espiritual que vaya por delante y que busque a Dios totalmente; y amigos que nos ayuden a salir de nosotros para darnos a Dios y a los demás

Guía y amigos que me empujen o que nos empujemos no a buscar sitios, puestos, honores. No. Guía y amigos que

nos ayudemos mutuamente a buscar siempre y en todo el Reino de Dios, ya que por nuestro bautismo estamos llamados a ser santos y apóstoles.

Es para pensarlo. Pensarlo y decidirnos. Decidirnos para alcanzarlo.